

## Nota bibliográfica

El señor don Senén Suárez, profesor de historia natural en este Colegio Mayor, ha dado a la publicidad sus *Lecciones de Física*. Forman ellas un libro a la vez para el maestro y el alumno, escrito en lenguaje claro y ordenado; en él se encuentran todos los principios de esta importante ciencia demostrados por medio de abundantes ejemplos prácticos y sencillos que evitan al niño el lenguaje matemático, no siempre fácil y bien adquirido. Con éste, el maestro no necesita libro de consulta, porque el señor Suárez, ha resuelto admirablemente las dudas que puedan ocurrir, explicando cada fenómeno bajo faces distintas.

Es un libro que pone de manifiesto, no sólo el esfuerzo y conocimiento del autor, sino especiales dotes de verdadero pedagogo.

A. M. BARRIGA VILLALBA

---

## CONFERENCIA FAMILIAR

---

Señoras, señores, amigos:

Mucho temo que hayáis venido engañados. Quizás os hayan anunciado una conferencia y lo que vais a oír no es sino un poco de charla como se suele tener en una tertulia en el seno de la familia y al amor de la lumbre durante las interminables noches del invierno, y como lo vengo haciendo todos los jueves con el núcleo principal de este auditorio, con mis queridos obreros.

Así, pues, no me exijáis una conferencia, porque una conferencia pide más preparación, más aparato y más etiqueta de lo que veis, y una simple tertulia como

ésta nos permite más libertad, más confianza y mayor intimidad. Por esto me gustan más a mí las tertulias.

Voy a hablaros de los insectos... ¡Materia ingrata!

*Nuestras aves* sé que han excitado vuestro interés y es que las conocíais tan bien como yo. Porque su vuelo y su canto sobre las ramas, la delicadeza inimitable de sus formas, su plumaje de terciopelo y aun de oro, y en una palabra, todo cuanto hay en las aves llama la atención y nos las hace simpáticas.

¡Pero un insecto... es menos afortunado! En primer lugar, tiene para nosotros la imperdonable contra de ser pequeño, y es sabido que en nosotros es de un efecto mágico el volumen. Delante de un elefante o de una ballena casi nos vienen ganas de descubrirnos, mientras que al ver una cosa pequeña nos mostramos desdeñosos... y nos consideramos grandes... grandes nosotros, que sólo tenemos de grande... la ignorancia!

Vamos a ver: ¿quién tendrá entre vosotros escrupulo de matar una mosca?... No veremos quizás sin profunda pena, quizás sin lágrimas y tristeza de corazón, llevar atado de una cuerda al cuello a un perro viejo de casa, y echarle a lo profundo de un río con las manos mismas que el pobre nimal había lamido muchas veces y con singular cariño... ¿Pero las moscas?... ¡Oh, las moscas!... ¡Cuántos y cuán delicados dedos las habrán maltratado a sangre fría... y sin otro temor, quizás, que mancharse un poquito la epidermis al apretarlas demasiado! Y, sin embargo, lo mismo se interesa por vivir la mosca que el perro, y lo mismo sufre las angustias de la muerte aquélla que éste, y aun vosotros mismos, llegada vuestra última hora, no sufriréis más que ella.

Somos verdaderamente crueles, y crueles sin ninguna utilidad, con los insectos: más aún, y con ello queda muy mal parada nuestra honra, nuestra crueldad

va complicada con grandísima cobardía. Porque, decidme, si esa mosca diminuta tuviese, por dicha suya, un tantico de agijón... ¡oh!... la trataríamos en seguida como si fuera una dama delicada, y si llegase a entrar en nuestros salones, le abriríamos todas las puertas con galantería y la rogaríamos con el mayor respeto que se deba a persona calificada, que saliese a respirar el aire lejos, muy lejos. ¿No es ésta la cortesía que guardamos con las avispas?

¡Ah, no lo olvidemos, el hombre vale tanto cuanto vale su corazón! No es la exactitud de sus formas, ni la gracia o belleza de su fisonomía lo que hace grande y amable al hombre, como tampoco lo es la riqueza, ni la fuerza, ni el talento, ni el genio, sino la bondad de su corazón, porque sola ella es quien más le acerca a Dios. Pues bien, la bondad no se deja encerrar en las estrechas casillas de una clasificación zoológica, sino que, no contenta con los reducidos límites de la especie humana, los traspasa para extender y derramar su dulzura por la naturaleza entera. Sed, pues, buenos, sed cariñosos y dulces con las criaturas todas, que Dios en todas ellas ha derramado sus bondades y dulzuras. Voy, si me lo permitís, a presentaros dos ejemplos conmovedores de esta bondad de nuestro corazón.

Newton, el inmortal Newton, quería extraordinariamente a un perrito que tenía, llamado Diamante. Cierta día le dejó, por descuido, encerrado en su gabinete, y el pobre animal dejó caer sobre los papeles del geómetra una vela encendida que, poniendo fuego a todos ellos, los consumió en un instante y con ellos se prendieron cálculos que habían costado tres meses de trabajo a aquel genio incomparable. Newton entró a tiempo de evitar un incendio, pero muy tarde para salvar el trabajo de sus desvelos. Mientras estaba apagando los papeles, se le acercó su perrito, y pasándole la mano por la cabeza: «¡Diamante, Diamante—dijo

Newton—no sabes el daño que me has hecho!» Pues bien, mucho admiro yo a Newton enseñándonos las leyes de la gravitación universal; pero le admiro mucho más aún dominándose en los movimientos de su alma y acariciando a su perro (1).

¿Habéis leído, por ventura, en Sterne, la historia del honrado tío Tobías? Pues oid: «Un día que le había estado una mosca enorme mortificando cruelmente durante toda la comida, llegó por fin a cogerla y la dijo: «Anda, vete, que no te haré ningún daño,» y levantándose después y paseándose por la sala con la mosca en la mano, volvió a decir: «No te quitaré ni un solo pelo de la cabeza»; abriendo, finalmente, la ventana, la soltó y dijo: «Vete, picarilla, ¿por qué te he de maltratar yo? ¡En verdad, que el mundo es bastante grande para que quepamos los dos!»

Mas después de lo que habéis oído, no vayáis a caer en un error. No pretendo con esto enseñaros una sensiblería falsa y fuera de lugar. Tenemos ciertamente derecho a usar de los insectos, y si puede sernos útil su muerte, se la podemos dar. Sino que lo que aquí impugno yo, es que seamos crueles con los insectos, cuando su muerte nos es indiferente y hasta inútil, y sobre todo cuando nos complacemos sin más ni más en ella. Y aun estoy dispuesto a perdonar esa crueldad atendiendo a la inconsideración con que de ordinario se suelen cometer esas faltas, porque difícilmente nos imaginamos el interés de una mosca por conservar la vida y lo que sufre al perderla, como nosotros sufrimos cuando perdemos la nuestra.

Al daros a conocer *nuestros insectos*, quisiera que los admiráseis, y esto lo espero conseguir fácilmente;

(1) A consecuencia de este percance, Newton tuvo un ataque de locura.

quisiera también que los amáseis, y esto no lo espero con tanta facilidad. Sin embargo, voy a hacer la prueba.

No hay animales que haya derramado Dios con tanta profusión sobre la superficie del globo. De ellos están llenos el aire, la tierra y el agua; de ellos están poblados los bosques, y en los inmensos hielos del polo, donde se ha cerrado la entrada a los hombres, aparece también el insecto para representar la vida, aun en aquellas frías regiones de muerte.

Dios Nuestro Señor no se ha contentado con multiplicar las legiones de los insectos, sino que ha cuidado de un modo singular y mostrado especial predilección por sus organismos a nuestra vista tan ruines.

Porque el sistema digestivo de un insecto es complicado y más aún que el nuestro; y así una mosca tiene labios, mandíbulas, lengua, palpos, glándulas salivares, buche, dos o tres estómagos, hígado mucho más delicado y elegante que el nuestro, etc., etc.

Pues y los ojos de un insecto ¿hay nada más admirable? Pero, ¿qué digo ojos? Cada una de las facetas de sus ojos es un ojo de por sí. De estas facetas tiene 50 el ojo de la hormiga, 1.300 el de la esfinge, el de la mosca común 4.000, el del saltón 8.800, el de las libélulas 12.500, el de la mariposa 17.300, el de un coleóptero pequeño del género de los mordelonios 25.000

¿Qué son al lado de éstos nuestros pobres ojos, negros, azules, castaños o verdes?

A veces hacemos alarde de lo que pueden nuestros músculos... y un simple cochorro podría muy bien reírse de nosotros... Ya os lo he dicho otras veces aquí mismo. Un hombre tirando del dinamómetro, produce un esfuerzo de unos 55 kilos, es decir que no llegamos ni siquiera al equivalente de lo que pesamos. Pues un cochorro sujeto por la cola arrastra catorce

veces su propio peso. Siguiendo esta proporción, un caballo debería arrastrar 25.000 kilos. Una pulga, cuya altura no pasa de dos milímetros, da saltos de un metro, y en proporción un león los tendrá que dar de un cuarto de legua, y el hombre de 750 pies. La cigarra repite escondida en su agujero su canto monótono, y se la oye a 100 metros; y si la voz del hombre tuviese con el peso del cuerpo la proporción que tiene con el suyo la de la cigarra, se nos podría oír desde París hasta Constantinopla, y el desgraciado mortal que tuviese la imprudencia de estornudar en una visita, quedaría inmediatamente sepultado entre los escombros de la casa.

No nos gusta la música de grillos o cigarras... pero buena nos la dan. Pues Lebel asegura que para librarnos de tales huéspedes cantores, basta poner en nuestra habitación un piano cualquiera y tocarle. El grillo no le puede sufrir y se marcha. ¡Oh! ¡Mozart haciendo huir de horror... a un grillo.

Hemos levantado pirámides... ¡Magnífico! La mayor de todas ellas tendrá de alta unas noventa veces la altura del hombre. Pues una hormiga, el termes lucífugo, construye un palacio que excede mil veces su tamaño con una bóveda tan fuerte, que sobre ella pueden los toros y búfalos salvajes colocarse de centinela y observar desde ella, como desde un observatorio y dominando los llanos cubiertos de yerba, si por ventura vienen a amenazar a sus manadas los leones o las panteras.

¡Con que no tenemos por qué envalentonarnos!

Bajo otros puntos de vista supera también el insecto al hombre. ¿Qué no hemos hecho, qué industrias y artes no hemos empleado para adornarnos y añadir a la belleza natural la falsa del lujo y de la coquetería?

Desde el salvaje que se embadurna el rostro para darle mayor lustre y contemplar sus colorines, hasta

el europeo que enlaza y sujeta su cabello con flores y diamantes, ¡qué esfuerzos, qué cuidados, qué trabajos, qué afanes!... ¡Si se fuese a hacer la estadística de los obreros, fábricas, talleres, almacenes destinados solamente a proveeros de las mil y mil cosas empleadas en los tocadores y en vuestros afeites, llegaríamos verdaderamente a cifras exorbitantes!... ¡Ah! Señoras mías, mirad el ala de esta mariposa que va volando libremente por los aires;... ahí la tenéis acabadita de confeccionar, acabadita de hacer por Dios.

Más aún; la seda preciosa con que formáis la tela de vuestras cintas, de vuestros vestidos y de vuestros adornos, viene, ¿quién lo ignora? de una oruga blanca, fea y sin gracia. A ella ha dado Dios la seda, no a vosotras; de ella la tomáis vosotras y tenéis derecho para ello; mas ¿sabéis? por ventura, o habéis pensado alguna vez qué uso hace la oruga de la seda y para qué se la ha dado Dios?... De ese tisú elegante que os sirve para manifestación de vuestra vanidad y engendra en vuestra alma cierta satisfacción de tanto encanto, ese gusanillo, esa oruga se sirve para hacer— permitidme la palabra—su gorro y su camisa de dormir. Llega un día en que esa oruga ha de quedar sumida en profundo y largo sueño, y para poder dormir mejor, cómodamente y al abrigo del frío y de la lluvia, ha preparado con anticipación su ropa interior, su cama, hilando su capullo de seda. Al despertar, rasgará la cubierta, y dejándola abandonada, se echará a volar sin mirar siquiera al objeto que vosotras con tanto afán buscaréis después y estimaréis en tanto.

No es mi propósito, seguros estáis de ello, presentaros aquí un tratado de entomología. No: solamente quiero daros a conocer los rasgos y caracteres más notables de la vida de los insectos. Hace tiempo se publicó un libro malsano, intitulado: *Escena de la vida*

de los bohemios, y yo podría titular esta conferencia o conversación: *Escenas de la vida de los insectos*. Y en verdad que toda la ventaja estaría de mi parte, porque aquella obra sólo una cosa enseña, y es, a despreciar a cierta clase de hombres, y esta obra mía enseñaría a apreciar cierta clase de animales y, como espero a amar más a quien los ha criado y les da la vida.

El niño llama dulce a cualquier sabor que le agrada y malo a lo que le repugna. Este es el primer paso que da para conocer las cosas. Pero a la larga y con el tiempo se irá educando su gusto y por él distinguirá los dulces en todas sus múltiples categorías, y quizás llegue a multiplicarlas tanto, que distinga perfectamente entre los que son más parecidos de una misma confitería.

Lo mismo hacemos nosotros en todas las cosas. Cualquier objeto que se mueva, por ejemplo el resorte de un reloj, lo llama el niño un bicho. Con el tiempo va distinguiendo entre bicho y bicho, y da a algunos su verdadero nombre; y si por ventura llega a ser zoólogo, sabrá el nombre de casi todos los animales. Claro está que antes de llegar a estas alturas de la ciencia, se paran la mayor parte de los hombres, unos más pronto y otros más tarde, pero casi todos se quedan en el camino; y aunque esto no sea motivo para perder el contento que han alcanzado, lo confieso, la ignorancia de lo que les falta no aumenta ciertamente su contento.

Conocemos, por ejemplo, los nombres de los animales que viven con nosotros y se presentan a cada instante a nuestra vista; mas si por ventura encontramos uno más raro y menos familiar que los anteriores, comienza en nosotros la turbación. Para salir de ella ¿qué hacemos? acudimos al procedimiento siguiente: le comparamos con otro animal que conocemos mejor y con el cual hallamos alguna semejanza y decimos: «Es una

especie de ratón, una especie de cuervo, una especie de gusano,» y así sucesivamente. No nos honra mucho, por cierto, tal definición, pero... pasamos por ella.

Así es como muchas personas, hasta instruidas, ponen en la categoría de moscas a nuestros insectos, y dicen: «éstos son una especie de mosquitos, una especie de moscas grandes, una especie de moscas de miel, de moscas de oro y así de otros, pero siempre moscas.

Pues bien, nada hay más fácil que la definición del insecto, y por consiguiente, nada más fácil de conocer. El insecto tiene siempre tres pares de patas, ni más ni menos. Contad, pues, las que tiene el cochorro y veréis que es insecto: el cloporto, conocido vulgarmente con el nombre más o menos agradable, de «cochinilla de San Antón,» tiene siete pares de patas, por consiguiente no es insecto; la araña tiene cuatro, pues tampoco lo será. Sin embargo, conformándome en esta tertulia con el uso vulgar, al tratar de los insectos os hablaré también de las arañas, como si lo fuera.

Hay otra cosa que caracteriza a los insectos, y es, que su cuerpo se puede dividir perfectamente en tres partes: cabeza, coselete o tórax y abdomen. La cabeza tiene además de la boca y ojos, dos apéndices de diferentes y a veces elegantes formas, llamados antenas. Su oficio es importantísimo. Cuando va andando el insecto y duda, agita sin cesar las antenas y toca todos los objetos que encuentra como si quisiera reconocerlos. Si se encuentran en un sendero dos hormigas, comienzan por tocarse las antenas y acariciárselas recíprocamente. Podríamos decir que se están hablando y como diciendo secretos en este lenguaje mudo.

¡Qué! ¿os reis? Pues no hacéis bien; Hubert, casi toda la vida se la ha pasado estudiando las hormigas, ha observado muchísimas veces este hecho.

ello, ponía en una caja cerrada una colonia entera de hormigas y luégo observaba por medio de una especie de lucerna el movimiento de ellas. Vio que al principio todas se desparramaban con gran desorden por todos los lados, y si hallaban por casualidad alguna salida, la afortunada volvía a donde estaba el núcleo de la colonia, dando con sus antenas fuertes golpes a algunas, éstas los trasmitían otras, éstas a otras, y así sucesivamente hasta que advertidas todas se formaban en filas regulares y se iban llenas de alegrías a gozar del bien ansiado; la libertad perdida y hallada. ¡Así es de creer que se lo dirían en su lenguaje!... Nosotros parece que nos complacemos en creer que fuera de nuestro modo de hablar y de entendernos no hay otro en el mundo.

El tórax, que sigue a la cabeza, puede a su vez dividirse también en tres anillos: el primero lleva el primer par de patas, el segundo lleva el segundo y además las primeras alas, y el tercero el tercer par de patas y el segundo de alas.

Viene en último lugar el vientre formado por nueve o diez anillos más o menos estrechos y cubierto por regla general con las alas.

No es difícil tampoco distinguir los principales grupos de los insectos si examinamos sus alas. Veremos así que en algunos, como en el saltamontes, el primer par de alas es de naturaleza de pergamino, carácter que distingue a los ortópteros; y si fuese de naturaleza córnea, como en el cochorro, sería señal distintiva de los coleópteros. En este caso reciben el nombre de élitros y sirven no tanto para volar como para proteger la parte superior del abdomen, flexible y blando, tanto que si quitáis las alas al cochorro, notaréis la piel del dorso, por ser tan blanda, sigue todos los movimientos de sus entrañas.

(Continuará).

VICTOR VAN TRICHT, S. J.

## REVISTA

del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Publicada bajo la dirección de la Consiliatura

ACTOS OFICIALES DEL COLEGIO.—FILOSOFÍA.—CIENCIAS.  
LITERATURA, ETC.

Se publica un número de 64 páginas el día primero de cada mes, excepto enero y diciembre.

Sólo se canjea con revistas y publicaciones análogas.

Número suelto.....\$ 0,20 oro

Suscripción por año (adelantada)..... 2,00 »

Número atrasado..... 0,30 »

Para todo lo relativo a la REVISTA, dirigirse al Administrador, señor don Antonio Rocha, apartado de correos número 72.

Se envían por correo números y suscripciones fuera de la ciudad, siempre que venga el valor del pedido.

# DE VENTA

## Historias y Cuentos

para los estudiantes del Colegio del Rosario, por R. M. C., colegial de número, a ochenta centavos oro el ejemplar empastado. Hállase en la *Librería del Mensajero*.

## Lecciones de Metafísica y Ética

dictadas en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

POR

Rafael María Carrasquilla

segunda edición, corregida y ampliada.

DE VENTA

en la *Librería Colombiana*, a dos pesos oro el ejemplar empastado.

A los pedidos de fuera agréguese un diez por ciento para portes recomendados de correo.

---

## REVISTA JURIDICA

(FUNDADA EN 1908)

Organo de la Sociedad Jurídica de la Universidad Nacional

DIRIGIDA POR

FELIX GARCIA RAMIREZ

Bogotá—Colombia.

---

TARIFA:

Para el interior de la República, suscripción de enero a diciembre, \$ 2. Para el Exterior, durante el año, \$ 2-50.

SE ADMITEN ANUNCIOS. Para la tarifa, entenderse con el señor Administrador de la Revista.